

ALTEA

PANORAMAS DIFUMINADOS POR EL TIEMPO, DEL
MILENARIO PASADO, DE ESTE PUEBLO MIO, VISTOS
DESDE LA CUMBRE DE MIS NOVENTA Y SEIS AÑOS



Francisco Martínez-Orozco y Martínez

MADRID - 1961

ALTEA

PANORAMAS DIFUMINADOS POR EL TIEMPO, DEL
MILENARIO PASADO, DE ESTE PUEBLO MIO, VISTOS
DESDE LA CUMBRE DE MIS NOVENTA Y SEIS AÑOS

Francisco Martínez-Ovceco y Martínez

MADRID - 1961

Dedicatoria

A la honorable Corporación Municipal de la Vieja Altea, a través de su actual Presidente, el Maestro Nacional D. Francisco Zaragoza Alvado, con la mayor cordialidad y respeto

EL AUTOR



ESCUDO HERÁLDICO DE ALTEA

A MANERA DE PROLOGO

MOTIVOS PARA ESCRIBIR ESTE OPUSCULO

Manía de viejos es la de explicar a las gentes lo que ellos creen saber, y como yo, por ser, gracias a Dios, muy viejo acabo esta naturalísima y arrugada obsesión, te voy a explicar a tí, posible lector de este opúsculo, el porqué de la existencia de esos caprichosos Panoramas que en él se describen, pues te considero metido de oz y de coz en el error de que tales Panoramas de la vieja Altea, son estudios serios históricos o biológicos sobre mi pueblo; y no quiero, que te afiances en esa equivocación, porque muy al contrario, como los panoramas no son otra cosa que impresiones visuales, y éstas a su vez, son solo unos contactos materiales o espirituales del mundo exterior con nuestros sentidos: tales contactos no constituyen ni una reflexión, ni un razonamiento ni un estudio.

Aparte de esta verdad, yo no podría atreverme a escribir un estudio sobre Altea, cuando éste está ya hecho muy diligentemente por insignes historiadores y biógrafos, antiguos y modernos del reino de Valencia, y muy recientemente, por Salvá Ballester, Martínez y Martínez, Gutiérrez del Caño, etc. a cuyas obras pueden acudir los que quieran saber cosas hondas de Altea.

Quede, pues, reservada la rigurosa narración histórica a los pacientes arqueólogos y a los doctos investigadores, ya que nos consta que se están realizando interesantes estudios a este respecto.

Entonces ¿cual es el porqué de esos Panoramas? — dirás muy intrigado—. Pues te diré que como todo movimiento tiene en el mundo un motor, un motivo, la existencia de esos Panoramas tienen también el suyo. ¿Cuál es? Pues con sinceridad te digo que en primer lugar el egoísmo de darme gusto, el placer de rememorar cosas de mi juventud, y después, el goce de amenizar un poco la seca añeñez de mis relatos con unas pinceladas de regocijo y de emotividad.

Y por tanto, eso tan solo pretenden ser mis Panoramas: el entretenimiento del pensamiento de un viejo, que lleva en sí el principio vital de amor a su pueblo.

Aclarado, pues, que no se trata de un estudio histórico-científico sobre Altea, el autor se dará por muy satisfecho y pagado si tú, lector amigo, aceptas como una expansión íntima de ese amor a Altea, las citas y recuerdos que se te irán mostrando en el curso de estas páginas.

UN VISTAZO AL LEJANO SIGLO EN QUE ALTEA SURGIO EN EL MAPA DE ESPAÑA

Por medio de estas palabras que estoy trazando, me dirijo a ti, joven paisano y amigo, para decirte que como yo conozco tu afición a lo histórico y tu amor a Altea, nuestro querido pueblo, te voy a recrear con el relato de su lejano pasado, ya que, gracias a Dios, puedo hechar mano para ello de dos poderosos auxiliares, de dos magníficos prismáticos que con su misteriosa potencia óptica descubren todo lo que sucedió en el tiempo y en el espacio; esto es, todo lo que fué. Y así con lo que ellos me enseñen, me proporcionarán a mí el regalo del añorante recuerdo y avivará las últimas pulsaciones de mi vida; y a tí, con lo que yo te transcriba, admirarás la labor del sol mediterráneo, que con su luz y calor, lanzados siglo tras siglo sobre esta comarca del litoral de España, ha transformado los viejos paisajes y las concentraciones humanas, y de este modo tú podrías comparar lo antiguo, que no conocías, con lo actual que estás viviendo, y ello, período por período y aspecto por aspecto.

Empiezo, pues, hoy, mi querido amigo, esta tarea enfocando los prismáticos sobre la época preliminar al nacimiento de Altea, pasándolos después a este suceso. Así lo hago; pero de momento los prismáticos solo me enseñan vaguedades y suposiciones más o menos lógicas de la gestación del planeta y por tanto de la zona que nos interesa; pero aclarándose un poco la visualidad ya me muestran mis auxiliares lo que dicen los sabios naturistas. Y es que después de largos años del principio del mundo, al cumplirse el designio del Señor de que se poblase el planeta, con aquello dicho a los humanos de: "Creced y multiplicaos" era este trozo de España un zóo de bestias de todas clases y un frondoso bosque, porque no habían llegado aún los hombres a esta zona, y por lo tanto, nadie había cazado animales ni talado árboles, vicio funesto, este último, de la humanidad. Y también me revelan mis prismáticos, que según dicen los referidos sabios al describir la playa de Altea, que

en ella no habia ni una sola piedra (de las que hoy está llena) por razon de que esas piedras, convertidas por el mar en cantos rodados, las arrojaban las olas a la costa por haberlas antes recibido del rio que en dicha costa desemboca; y como a este rio no las habian aün llevado las lluvias, arrastrándolas de las montañas que circundan a este litoral, está explicado porque no habia piedras en la playa. Ni tampoco habia arena, porque ésta no es más que el desmenuamiento de las piedras. De modo, querido amigo, que según mis auxiliares, solo existia en esta zona, y muy espléndidamente, la naturaleza, porque al hombre no se le encontraba en aquella época en España y menos en este trazo de ella.

Y ahora encuentro muy natural que me preguntes si voy a exigir de mis prismáticos a la visualidad que siga a la que te acabo de explicar, es decir, si puedo esperar algo que recuerde la aparición del hombre en España, y te contesto que sí; que aquellos auxiliares me dicen que algunos siglos antes de que empezara nuestra Era Cristiana se presentó en España la humanidad, pues ya llegaron a ella unos hombres nórdicos llamados Iberos y Celtas, divididos en tribus (los cántabros, los vascos, los estronios, los galaticos, etc.). Pero como a mi propósito de hoy, de los primitivos pobladores de España solo me interesan los que estuvieron en este trozo de litoral que estamos viviendo, y como de los Iberos y los Celtas nadie dice que lo hicieron, diré a los prismáticos que se fijen en los Griegos y en los Fenicios, que llegaron después; pero especialmente en los Fenicios, puesto que los Griegos se dispersaron por otras orillas del Mediterráneo.

Los Fenicios se presentaron, pues, en un buen día de un viejo siglo que no me atrevo a darle número, en los mares de Altea, que animaron con sus primitivos fatuchos de irregular velamen. Dicen mis prismáticos que esos Fenicios eran grandes navegantes, incipientes comerciantes y hasta inverosímiles industriales, pero sobre todo hombres atrevidos que, impulsados por su naturaleza meridional se lanzaron desde Fenicia, situada al extremo oriental del Mediterráneo hasta esta costa española, ávidos de ver mundo y de aprovecharse de los productos de éste; y al llegar aquí y entrar en nuestra hermosa bahía tuvieron la fortuna de encontrar un río rebosante de agua, tal como la suministraban las montañas de esa región, esto es, sin ningún desmembramiento ni impureza alguna, por lo tanto el río, fué para los fenicios un gran hallazgo, el de tener a mano agua, cuya potabilidad se conservaba mucho tiempo; lo que les interesaba en gran manera por sus largos viajes, y a ese río, que es el nuestro, lo bautizaron con el nombre de Altedia, palabra que en el idioma de aquellas gentes significa salud o medicina,

y desde ahí tal vez se derive el nombre actual de nuestro pueblo; circunstancias estas del río y del nombre, que hacen creer, que, efectivamente, Altea fué fundada por aquellos intrepidos fenicios.

Ahora, bien ¿qué Altea es la que fundaron? Por que además de la Altea populosa de hoy, existe en la falda del Monte Bernia, un pequeño poblado, llamado Altea la Vieja, donde dicen mis prismáticos que se han encontrado, al hacer excavaciones, ciertos cacharros que parecen de factura fenicia. Para opinar si una u otra Altea, fué fundada por los fenicios tan solo hay suposiciones, dudas; mis prismáticos son potentes, pero no tanto como para aclarar esta duda histórica. Recientes investigaciones hacen suponer la presencia de tribus Iberas en las proximidades de Altea la Vieja.

En cambio, mi querido amigo, estos poderosos auxiliares me muestran claramente que después de lo poco que se sabe de los fenicios, habitaron esta España tan codiciada los Romanos; los Cartagineses, los Godos y los Arabes. Los romanos dejaron en toda España numerosos recuerdos en piedra edificada: Tarragona, Segunto, Mérida, Segovia, etc. son muestra riquísima de ello. En Altea solo hemos visto unos pilares en una partida del campo llamada els Archs (los Arcos), que posiblemente sostenían el cauce de un acueducto al que los romanos eran tan aficionados.

De los árabes, que dejaron maravillas de su arte, en Córdoba, Granada, Sevilla, etc. solo quedaron algunas costumbres que van desapareciendo, y algo de su fatalismo; pero sobre todo su afición a la pólvora.

Pues bien, mi querido amigo, como de estos grandes pueblos no tenemos en Altea nada digno que estudiar, doy hoy fin a este recuerdo de lo viejísimo; pero siguiendo el curso de los tiempos y partiendo por mí a mis colaboradores ópticos más noticias, me llevan éstos a la visualidad de la edad de España que los historiadores llaman Modererna (aunque tenga arrugas de vejez) y me dicen algo muy concreto y muy interesante, y es que en el preciso día 9 de agosto del año 1709, se

produjo en Altea un recinto de carácter punicu, reciuo que te care a conocer, mi caro amigo en otro examen sobre Altea, desde nuestra atalaya, un día de esos claros, meridionales, que en Altea se estilan.



Restos de un acueducto romano. La partida del término municipal de Altea, donde se hallan enclavados estos restos, sigue denominándose partida de Los Arcos.

Foto Hermanos Coello

CUANDO, COMO Y POR QUE ALTEA SE INCORPORO A LA HISTORIA DE ESPAÑA

I I

Veo con gusto, querido amigo, el que tú también tienes de saber cosas del pasado de Altea, las que me muestran mis prismáticos y yo te transcribo; por lo que supongo la curiosidad que ahora tendrás por conocer lo que aconteció en nuestro pueblo un día del año 1705, cuya incompleta noticia te adelanté en nuestra entrevista anterior:

Allá va, pues, lo que mis prismáticos me han mostrado sobre este asunto. Pero antes de llegar a tal hecho, he de decirte que eso sucedió a los doscientos años del reinado en España de la Dinastía de la Casa de Austria, que empezando en 1517 por Carlos I (conocido en la historia por Carlos V) nieto por línea materna de nuestros Reyes Católicos, y por la paterna, nieto también del Emperador Maximiliano I de Austria, y pasando por Felipe II, Felipe III y Felipe IV, terminó con Carlos II, fallecido el 1.º de noviembre de 1700; teniendo que consignar, según me dicen mis auxiliares, que de esta dinastía tan poderosa, durante la cual no se ponía el sol en los dominios de España, se destacaron mucho dos monarcas: el dinámico Carlos V, y el prudente y discutido Felipe II. Los demás pasaron sin hechos dignos de consignar.

Pues, bien; como el último de los monarcas de esa Dinastía, Carlos II, murió sin sucesión, al acontecer este hecho, se conmovió el mundo político de Europa al avivarse los apetitos por la Corona de España, acontecimiento éste que se refleja en la villa de Altea y que culminó en el día 9 de Agosto del año 1905, que motivó la investigación nuestra de hoy. Vamos, pues, para llegar a ello, a hacer un poco de historia.

Sepas pues, mi buen amigo, que cuando murió como he dicho, Carlos II sin sucesión, aparecieron nada menos que seis pretendientes

a la Corona de España, que voy a enumerar con los fundamentos en que apoyaba cada uno sus pretensiones.

1.º—El Archiduque Carlos de Austria, por ser hijo del Emperador Maximiliano I y de la infanta D.ª Mariana, hija de Felipe III.

2.º—Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia y de su esposa la infanta D.ª Maria Teresa de Austria, hija de Felipe V, y por tanto hermana del rey difunto, y ostentando además el de Anjou, la razón de haber sido designado heredero de la Corona por Carlos II.

3.º—El Príncipe de Bavera, por ser nieto de la infanta D.ª Margarita, hija de Felipe IV.

Estos fueron los pretendientes al trono que ostentaron un entronque con la Casa de Austria.

4.º—El duque Felipe de Orleans.

5.º—El duque Víctor Amadeo de Saboya.

6.º—El rey de Portugal.

Como ves, mi buen amigo, España fué entonces, como siempre, muy codiciada. Y como de los pretendientes tenía que quedar solo un vencedor, se fué simplificando tal apetencia, desistiendo para ello de sus pretensiones, primero los tres pretendientes enumerados por mí en segundo lugar, y después por la muerte del Príncipe de Bavera; por tanto quedaron únicamente como pretendientes con más fundamento el Archiduque de Austria y Felipe de Anjou, los cuales durante algunos años defendieron sus derechos por medio de intrigas, tratados, influencias, etc., y sobre todo, por medio de la guerra, durante cuyos años de lucha, las provincias españolas, unas apoyaron a Felipe de Anjou, y otras, al Archiduque de Austria, contándose entre estas últimas las del antiguo reino de Valencia, fundado por D. Jaime I, y por lo tanto los pueblos de esta zona, y Altea entre ellos.

Y sucedió que a los cinco años de lucha entre dichos pretendientes, o sea el 1705, la escuadra inglesa partiría también del Archiduque, llevando a bordo a este pretendiente, en un recorrido por la costa meridional del Mediterráneo, se presentó de improviso el día 9 de agosto de dicho año en la bahía de Altea, tal vez con el propósito de tomar aguas de nuestro río, o quien sabe si en viaje de propaganda. Y ya la escuadra en este litoral, donde había tantos partidarios del Archiduque, no sólo de Altea sino de los pueblos de la comarca, capitaneados y dirigidos: unos por el agitador D. Juan Gil; y otros por D. Juan de Avila, y todos alentados por la escuadra que les repartió

armas, proclamaron el día 9 de agosto citado y con la solemnidad requerida, Rey de España al Archiduque Carlos de Austria.

Y este es el hecho importante que te anuncié y por el que la Altea antes oscurecida se destacó, incorporándose a la Historia de España. Y es digno de consignar que con esta política en favor de la Casa de Austria, Altea se consideró con derecho a usar el escudo heráldico de tal poderosa Casa, escudo consistente en la figura de un águila con dos cabezas coronadas, y empezó a usarlo. Y lo sigue usando sin interrupción hasta nuestros días.

Y como veo, mi querido amigo, que te enamora la Historia (que aunque sea de hechos pequeños distrae y enseña) te sigo diciendo —siempre al dictado de mis prismáticos— que al Archiduque no le valió su proclamación de Rey en Altea, porque continuando la guerra con el pretendiente Felipe de Anjou, fué vencido por éste en la famosa batalla librada en Almansa el día 25 de abril de 1707, victoria confirmada en el Tratado de Utrech, celebrado en 1713 por Francia, España, Inglaterra y Holanda, pues todas estas naciones andaban mezcladas en el asunto ode la sucesión a nuestra Corona.

Y una vez que Felipe de Anjou fué Rey de España con el título de Felipe V, y que su abuelo, el poderoso y ambicioso Rey de Francia Luis XIV, pudo decir: ya no existen los Prineos, aquél castigó a los pueblos que apoyaron al Archiduque en su pretensión, pudiéndose citar como más cruel el castigo que se infringió a la hermosa ciudad de Játiva, que fué arrasada y sobre su solar se mandó edificar otra ciudad con el nombre de San Felipe; pero como Altea era entonces un villorio de pobres pescadores, no se acordó nadie de ella para nada y por ello continúa aún hoy usando el escudo de la Casa de Austria a pesar de haber pasado por el Trono de España ocho monarcas Borbones.

Y como después de este hecho de la proclamación del Archiduque ya no hay ningún motivo que se destaque en la vida de los lejanos tiempos de Altea, ya en adelante, lo que pueda interesarnos a tí y a mí, es el conocer como era Altea en época moderna, no voy a necesitar más de mis prismáticos, porque ese tiempo lo he vivido yo y te lo explicaré tal y como lo ví. Y si te parece elegiré para que nos dé sus recuerdos, la Altea de hace unos 80 años, suficiente distancia para que puedas comparar tiempos con tiempos, ya que la renovación de los pueblos es evidente y constante.

PANORAMA DE ALTEA DE 80 AÑOS ATRAS, O SEA, CONCRETAMENTE EN EL DE 1876

Dando gusto, mi buen amigo, a nuestra sensibilidad curiosa, hemos deleitado lo que nos ha mostrado la historia y la leyenda, y hemos podido ver los pocos motivos interesantes del pasado de Altea que se destacan en su vida. Así pues, con lo examinado doy fin al vistazo de dicho pasado.

Pero no por eso nos cierra nuestro pueblo el camino a otro entretenimiento curioso, cual es el del examen de lo que Altea era en tiempos más modernos y en su propio alteanismo; lo que con mucho gusto voy a hacer y con esto claro está, te digo que dicho examen no se refiere a la Altea actual, en primer lugar, porque ahí la tienes a tu disposición para poder hacerlo tú, y también porque ese no es el pueblo con sobrio atuendo que tú deseas conocer: ¡buena diferencia! La Altea de hoy es un pueblo movido, orientado hacia el porvenir, y casi cosmopolita, pues en él no solo viven los aquí nacidos y aún los de otros pueblos de España, sino extranjeros nórdicos que han venido atraídos por nuestro sol, tan rico como barato; por la placidez de este mar latino; por el encanto de los accidentes de la naturaleza, y por la cordialidad de los alteanos; todo lo cual ha hecho de Altea un lugar de residencia muy agradable y muy vistoso. Véanse sino sus hermosos palacetes prendidos y colgados en los acantilados de la costa que al abismo del mar se asoman; véanse sino los deliciosos jardines y naranjales que se deslizan hacia el Mediterráneo, para dejarse besar por sus olas. Esa es la Altea de hoy; la de ayer, la que voy a recordar, es otra cosa muy distinta. Aquella Altea de 80 años atrás era un pueblo en que sus habitantes vivían sin importarles un bledo quien era el Alcalde de la población; era una Altea en la que sus vecinos, al entrar en la casa, la suya o la del otro, decían con todo respeto: AVE MARIA PURÍSIMA,

... que se viera que el que saliese al mar a pescar en noche del día de ánimas, pescaba calaveras. ¡No es ésta querido amigo, la Altea que tú quieres conocer? Pues voy a mostrártela como era, porque yo la viví. Y porque en los 10 o 12 años que entonces tenía la recuerdo perfectamente, y por lo tanto puedo prescindir de mis curiosos prismáticos, ya que en este caso yo soy la Historia y un portavoz de carne y hueso de la leyenda. ¿Conformes?

* * *

Situémonos, pues, en la Altea de dicho año 1876, o sea dos años después de haber venido a España el joven Alfonso de Borbón a tomar posesión del Trono que le había conseguido el ilustre general español D. Arsenio Martínez Campos mediante una sublevación en el garroferal de Sagunto.

Empiezo. Es una verdad innegable que los pueblos de España que se fundaron en tiempos lejanos, se levantaron a lo largo de los ríos o en los altos de los montículos, es decir, con el aliciente del agua tan preciosa para la vida o en busca de defensas contra acometidas exteriores, que en aquellos tiempos de hogaño eran tan frecuentes de cuerpo a cuerpo; y en la fundación de Altea concurrieron seguramente los dos motivos. En cuanto al agua del río no se tenía que hacer más que cogerla, pero en cuanto a la defensa de las acometidas exteriores Altea se amuralló y levantó en su cúspide un castillete (aún se conserva el nombre de Plá del Castell a un trozo de ese campo adherido al pueblo) ya vamos pues a iniciación del poblado que andando el tiempo, al crecer, se fué extendiendo fuera de la muralla, y así en el año que se examina quedó Altea físicamente del modo que voy a tratar de describirte.

El núcleo de la edificación y de la vida de los habitantes quedó arriba, dentro y también fuera del recinto amurallado, y desparando su crecimiento por las cuevas del montículo hasta llegar a las proximidades del mar, pero no siguiendo el traslado de prosaicas líneas enhiestas, sino usando la independiente y fácil anarquía de dar vida a calles tortuosas, que son reflejo práctico de las viejas e ingénuas consejas recreo del vecindario, si bien se cruzaba el esparcimiento en una plaza en la que había, y aún existe el edificio y la iglesia de un antiguo

y despoblado convento franciscano; y en lo que hoy es calle completa llamada del Generalísimo existía tan solo edificado lo que hoy forma la carretera lindante con la huerta donde hoy se levanta un cine. Lo demás era playa, nada más que playa, siendo de notar que en la acera entonces edificada había pocas casas, y al final de ella, yendo hacia el río, solo había tapias de huertas, terminando con una gran casa donde hay hoy una Oficina de Telégrafos y cuya casa pertenecía y moraban en ella dos hermanos y grandes señores D. Ana María y D. Luis Martínez. Aquella casa estaba muy solitaria porque no existiendo aún la carretera actual no había tránsito alguno.

Vamos ahora, mi buen amigo, al examen del verdadero pueblo; del de arriba. En lo más alto, la plaza que existe con la Iglesia Parroquial y la Casa del Sr. Cura; no podemos citar nuestra Iglesia Parroquial sin dedicar un emocionado recuerdo al celoso Párroco Rvdo. Sr. D. Juan Bta. Cremades, bajo cuyos auspicios, y con su voluntad incansable, se construyó nuestro hermoso templo parroquial. Pero entonces, al costado de esta casa, otra muy modesta, en cuyo piso alto se acomodaba el Ayuntamiento y en el bajo la cárcel municipal con reja en la fachada. Al lado derecho de esta casa estaba la única farmacia del pueblo. De esta plaza de la Iglesia partía como hoy hacia abajo la calle Mayor, que, pasando por un arco de la antigua muralla, terminaba en una gran plaza. Esta plaza es la que existe en la actualidad bastante solitaria, pero que entonces era el centro de vida de la población, pues en ella se celebraba el Mercado de Abastos diario y el semanal extraordinario, y en uno de sus laterales la única posada, la única carnicería, la principal barbería de las dos que había en el pueblo y en la que además de afeitar y cortar el pelo, el barbero sangraba y aplicaba sanguijuelas en ciertas enfermedades. Yo mismo, amigo mío, estoy sangrado.

Dejando ya el urbanismo te diré que entonces no había cafés cafeterías, ni tan siquiera tabernas; espectáculos y fiestas los había en las fiestecitas de verano a San Roque, San Jaime, San Lorenzo y Santa Ana, y eran las de las carreras a pie, los de subir por un palo enjabonado para coger un pollo, las danzas con tabalet y dulzaina, las grupas en Santa Ana de mozos y mozas, los puestos de venta de caramelos, turrónes, agua de limón, etc. y el porrat anual de San Miguel en las afueras del barrio del "Formet"; y como diversiones, en los domingos de to-



do el año, las reuniones familiares para jugar al "burro" o a juegos de prendas.

Hay que decir, mi buen amigo, que en el año que examinamos en Altea se cumplían más las prácticas religiosas que los Bandos de la Alcaidía; había, pues, religiosidad, aunque muy cargada de rutinismo; pero cuando ese rutinismo se practicaba con referencia al Santísimo Cristo del Sagrario, patrono y guía de Altea, adquiría el rango y la esencia de vehemencia ardorosa, acatamiento respetuoso y adoración fervorosa. También hay que consignar que aquella religiosidad de nuestro pueblo, a veces al celebrarse los festejos de los Santos de su devoción se unía con honestas distracciones, como eran los bailes sueltos; Danzas que ha resucitado en la actualidad la Sección Femenina del Movimiento con tanto acierto y fidelidad, con música de tabalet y dulzaina; es decir, llevando la religiosidad con alegría mediterránea siempre pronta a manifestarse. Yo, mi querido amigo, cierto día de Santa Ana, ante un baile de los citados, que también lo presenciaba el Sr. Cura de Altea Ja Vieja, oí a una campesina morena y avispada que se arrancó con esta copla:

El señor Cura no baila
por respeto a la corona;
¡baila, baile señor Cura
que Dios todo lo perdonai!

copla que fué aplaudida hasta por el Sr. Cura, pues con ella no se ponía intención alguna maligna.

En aquel tiempo, aunque en Altea no se conocía la vaca y menos la ternera se consumía alguna carne poca. Estaba, sin embargo, la gente bien alimentada, aunque más sobriamente que hoy, con menos refinamiento; se consumía mucho pan de trigo que se amasaba en casa y algún pan de maíz; sobre todo en el campo, pan que recién sacado del horno era agradable; el consumo mayor era de pescado, y sobre todo el de llamado salazón de atún y melva. Y lo que no podía faltar en ninguna mesa en la comida del mediodía y en la casa de los obreros por la noche, era el arroz, que se condimentaba de muy diversas maneras: desde el inverosímil arroz con cebolla y calabaza, sin más cosas sustanciosas, hasta el arroz con pollo o de langosta, en los días de fiesta, o los más corrientes de arroz a banda, con aditamiento de alloli y el arroz con garbanzos y conejo el día de la trilla. Pero, sobre todo, el arroz más popular; más democrata y más sustancioso, era el arroz con judías y nabo, tan conocido en todas las provincias valencianas que mereció que el poeta Teodoro Llorente, director del periódico de Valencia "Las Provincias" le dedicara un cuentecito que tú, amigo, leerás seguramente con gusto:

ARRÓS EN FRESOLS Y NAPS

Per l'horta tocant mix dia,
plens de infantil alegria
aspavilats, satisfets,
tomaven a l'alqueria
dos pobres fematerets.

Un y l'altre al escoltar
les dotse, que en só de queixa,
els cridaba pa l'allar,
tingueren una mateixa
idea: la del dinar.

El mes menud que li guaña
al machor que l'acompanya
en vivor, li digué axí,
¿si fores lo Rey de España
que dinaries tu hui?

Y tomant la cara pronta,
li respongué ¿pues no u saps?
quina pregunta mes tenta;
jarrós en fresols y naps!

¿Y tú, afechi el machor?
el menut llansá un scopir,
y torcanse la suor,
li replicá ¡que ha de dir
si tu has dit yá, lo millor!

.

Y después de habernos regocijado con este elogio gracioso del arroz con judías, dejó para otra entrevista el hablarte de la psiquis de nuestros paisanos, es decir te descubriré si puedo, (pues no es cosa fácil) su temperamento, su modo de ser, y así mi buen amigo, quedará más completa la lista del panorama de la Altea de 1876.

I V

PANORAMA DE ALTEA DE 80 AÑOS ATRAS, O SEA, CONCRETAMENTE EN EL DE 1876

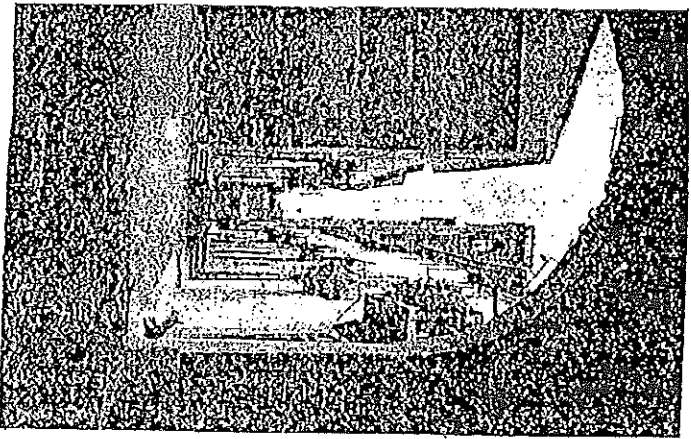
(Continuación)

No se puede decir, mi querido amigo, qué el examen de un país en época determinada esté completo, si no se ha estudiado el temperamento, el modo de ser de sus habitantes, en el que pueden influir la raza, la geografía, la historia, el clima, el bienestar o la pobreza; tanto y tantos imponderables que dominan en el mundo, y por tanto, he de jado para este momento el entretenimiento de examinar la idiosincrasia, el modo de ser de nuestros paisanos, muy difícil de definir, que ti bien lo sabes, porque habiendo pasado por España varias razas humanas, todas ellas han dejado su recuerdo en la psicología de los alteanos; pero de lo que no cabe duda alguna es de la influencia que ejercen en ellos el sol y el mar, dos poderosos sedantes que llevan en su vitalidad algunos elementos dañinos, como son la inacción y el providencialismo, cuando este se manifiesta sin fé religiosa y como excusa del ocio. Pero aquellos soberanos influyentes transmiten también a nuestros paisanos cualidades buenas como son: la cordialidad, la comprensión, la generosidad, la honradez. Y una prueba de las muchas que podía exprimirte de la psiquis de los alteanos te la voy a dar relatándote un hecho un episodio de gran sencillez y emotividad.

Creo haberte dicho, en entrevista anterior, que al final de la playa (playa, entonces; hoy calle del conde de Altea) conforme se ve hacia el río, había una casa grande de traza antigua, perteneciente a los hermanos D.ª Ana María y D. Luis Martínez (el señor Liauis en nuestra lengua vernácula) casa solitaria entre playa y campo (actualmente propiedad del comerciante D. Francisco Zaragoza). Te añado que esos dos hermanos constituían lo más señorial que había en el pueblo, por

bien, esta casa fué el escenario del episodio que te voy a contar. Pero antes de empezar el relato y para que te formes juicio adecuado de la psiquis de nuestros paisanos, precisa que conozcas ciertos antecedentes.

Entérate, pues, de que los medios económicos de Altea en aquella época consistían en dos fuentes de producción: la del campo y la del mar; pues se puede decir que en el pueblo se carecía, casi en absoluto, de comercio e industria, la producción de la tierra consistía en su mayor parte en la uva de moscatel que se destinaba a la confección de la pasa por el antiguo artificio de escaldar y secar la uva al sol, lo que se hacía a últimos de verano. Y en cuanto a la producción del mar consistía también en su mayor parte en la pesca de la sardina, cuyo pez



La típica Calle Mayor de Altea, dentro del recinto amurallado que componía la antigua población de Altea. Balcones cuajados de geranios y claviles y unos moradores que viven en paz, cobijados bajo el manto de la Virgen del Consuelo.

ROSA MARRAS COELLO

abundaba bastante, tal vez por sí abrigo de la bahía y la entrada en ella del agua del río.

Pues, bien, en el año que estamos examinando las circunstancias atmosféricas fueron contrarias a las dos producciones citadas; una gran sequía para el campo y unas lluvias torrenciales en la época de confeccionar la pasa, y también unos grandes temporales para el mar que impidieron la pesca; total: un año acuél calanitoso, un año de hambre como entonces se decía.

Al llegar, pues, el invierno de este año, con el cielo siempre encapotado, el frío y la falta de alumbrado público en las noches y el malhumor de la gente, reinaba en el pueblo la natural tristeza que aumentaba al verse todos los días por sus calles pobres de pedir que no se habían visto nunca tan numerosos. Pues, bien;

en estas circunstancias, en este ambiente tan opuesto a la alegría valenciana, el Sr. Llaús, el de la casa solitaria que te he citado, que aunque no joven tampoco era viejo, se aburría bastante, y como en Altea no había más distracción que la sobria y honesta que ofrecían las reuniones familiares, D. Luis salía todas las noches de su casa y se marchaba a la parte alta del pueblo, a pasar la velada con alguna familia, y lo hacía él solo, sin más compañía que el farolillo con que alumbraba su camino. Y sucedió que una noche de enero en que llovía a intervalos y apretaba el frío, D. Luis bajaba hacia su casa, por una calle en cuesta que terminaba en el Pont de Moncau, y cuando llegó a ese final de calle le detuvo un grupo de hombres, con el rostro tapado y embozados con unas mantas, los cuales, sin violencia, pero imperativamente cual correspondía a una actuación de ladrones, exigió a D. Luis todo el dinero que llevase. Entonces aquel señor les dijo tranquilamente: ¡Infelices! sois muchos y al repariros lo que llevo encima no tocaréis a nada. No os descubráis, pues no quiero saber quien sois, aunque, desde luego, no sois ladrones; en Altea no los hay. Sois unos necesitados que tal vez no habéis cenado esta noche, ni vosotros ni vuestras familias. Venid conmigo a mi casa y allí os daré para que remedéis de momento vuestras necesidades. El año ha sido muy malo, es verdad; pero nosotros, los propietarios, no hemos debido dar lugar a que vosotros los jornaleros llegáseis a este extremo. Vamos pues.

Y echó a andar con todos, más tranquilos que lo que el momento demandaba, ya que no sabía con que clase de gente trataba. Al llegar encendió un velón de tres luces que estaba cerca de la puerta durmiendo, todas las noches esperando a D. Luis. Este llevó a aquellos hombres a la cocina de campana a donde aún se conservaba resoldo de lumbrre de leña, añadiendo unos troncos de ella. D. Luis fué a buscar viandas a la despensa; sacó una buena rastra de morcillas y unos panes de los amasados en la casa, y les dijo:—«Mientras que voy a mi despacho a sacar algún dinero, calentaros y cenar con tranquilidad, y cuando dentro de un rato notéis que ya vuelvo cubrios la cara».

Así se desarrolló el programa, repartiendo D. Luis a su regreso entre aquellos desdichados unas cuantas monedas de oro, de las isabelinas de cinco duros que entonces había, y también bastante calderilla, con la efigie de Fernando VII, recomendándoles que el cambio de las monedas de oro lo hiciesen en otro pueblo, para no dar lugar, si lo

hacían en Altea, a que las gentes pensasen que aquel oro procedía de robo. Y les acompañó a la salida de la casa. Y aquellos hombres que habían tenido aquella noche la necesidad de disfrazarse de ladrones iban silenciosos y, seguramente, muy emocionados, tan solo ya en la puerta y atropellándose las palabras, decían: «Que Deu li u pague, señor Llaui, que Deu li u pague». Y ya en la calle todos, pero quedándose uno rezagado en el portal, que por su dificultad en el andar, parecía el más viejo de ellos, exclamó: «Señor Llaui, em deixa que l'abrase?» Y D. Luis abriendo los brazos estrechó el cuerpo del viejo que ya lo estaba abrazando.

Y mientras el viejo lloraba por la emoción que le producía la generosidad de D. Luis, estoy seguro que éste daba in mente gracias a Dios por haberle proporcionado medios y ocasión para realizar un acto de misericordia y de amor humano.

Y dime, amigo mío: ¿no demuestra este episodio la delicada calidad del temperamento de aquel gran caballero y del de aquellos pobres necesitados?

¿No es digno de admirar la eficacia de la influencia del sol y del mar cuando estas maravillas del Universo hacen palpitar los corazones cristianos?

ESCASA RELACION DE ALTEA, EN EL AÑO 1876 CON EL RESTO DEL MUNDO



Como yo, querido amigo, fundamentalmente creo haberte dis-tralido, con el somero relato que hice de cómo era mi pueblo hace unos 60 años, lo que pude llevar acabo, gracias a los recuerdos que guardaba en el granero de la memoria, voy a continuar ahora aquel relato, si bien concretándome a la relación de Altea con los demás pueblos, utilizando para este recreo, algún mohoso recuerdo, que haya quedado dormitan-do en algún rincón del granero: emplezq pues.

Aquella Altea que examinamos, no tenía más medios de comu-nicación de visualidad que el mar, esa universal vía, por donde vinieron a esta costa mediterránea en el transcurso de los años, los Fenicios, los Romanos, los Cartagineses y los Arabes; y por donde también vino un apóstol cargado de doctrina cristiana, en defensa de la cual, fué España a pelear más tarde contra los turcos; pero a pesar de no tener Altea otros medios de comunicación, regulares y corrientes, no por eso dejó de relacionarse con un pequeño mundo, acomodándose a los modestos y defectuosos caminos que demandaban las circunstancias y del modo que voy a tratar de explicar.

Por el mar se comunicaba Altea con los pueblos del Mediter-ráneo por medio de tres barcos de cabotaje: la balandra de cuadradas velas de D. Jaime Vallés y dos barcos de vela latina: uno de mi abuelo D. Ambrosio Orozco, y otro de mi tío abuelo D. José Lloret; y por tierra se relacionaba con alguna frecuencia y defectuosamente, con Alcoy, con Alicante y con Valencia.

La relación con Alcoy era con motivo de abastecer de pescado aquella plaza de una manera continua. Todos los días (menos aquellos en que había temporal de mar) al principio de cada tarde se marcha-ban los faluchos-sardinales, que estaban acostados en la playa, y salían

DEDICACION A LA ALTEA ACTUAL

Ya, querido lector, hemos dado un vistazo al panorama de la vieja Altea, panorama que a mí me ha hecho recordar la felicidad de que entonces disfruté, con el caudal de mi incipiente juventud; y a ti, seguramente, te habrá hecho ver el salto que Altea ha dado en su bienestar material, desde aquel burgo tranquilo y sobrio, a esta urbe de más alto nivel de vida; a ti te quedará después del vistazo, la reflexión, la deducción; a mí me queda la dulce añoranza, que es un tesoro que me ha dado la Altea vieja a la que no pudiendo darle yo nada, por impedirlo el espacio y el tiempo que nos separa, envió a su sucesora, la Altea actual, unos pensamientos versificados, que son como pajarricos del espíritu, a los que doy suelta abriéndoles la jaula de la imaginación donde estaban reclusos. Y allá van contentos volando hacia el Forner, hacia Bellaguarda, hacia el carreter de San Pere.....

Del bello mar latino
en la ribera,
un pueblo se levanta
mi hermosa Alteaz;
de enhiesta forma
al cielo se encarama
las nubes toca.

Montoncito es de casas
junto a la Iglesia
como están los polluelos
junto a la llueca,
orlando el templo
que el Cristo del Sagrario
convirtió en cielo.

Cerca al pueblo un paisaje
que se engalana
con la policromía
de unas montañas
que hasta el mar llegan;
hasta el mar cuyas olas
a Altea besan.

Y cuando el sol emerge
de entre las aguas
y al cielo va ascendiendo
cual ostia santa,
su luz primera
nacarada y brillante,
se la da a Altea.

.

Montoncito de casas
donde he nacido,
dó el ave de mi vida
hizo su nido.
¡Altea amada
tú me diste la vida
te doy yo el alma!